

Hubo, sin embargo, un momento en que el dolor hizo hacer un brusco movimiento al enfermo.

La venda cayó de sus ojos.

Un gesto de estupor y de ansiedad se escapó de los labios de todos.

A la primera mirada había reconocido á la hija del curandero.

Pero ya el doctor Berthot se había lanzado hácia él gritándole:

—¡No os movais!... dejadla hacer..... yo mismo os lo pido..... á nombre de la ciencia, que va á enriquecerse con una de las tradiciones de lo pasado.

Por su parte el anciano sacerdote decía:

—En nombre de Dios. ... que elige á veces en la tierra un ángel para hacer un milagro.

—En nombre de mi madre, repetía desolado Pascual.

En cuanto á las dos mujeres arrodilladas, una como otra tendían hácia él sus manos suplicantes.

—Sea lo que querais, contestó al fin el paciente..... sea yo la víctima..... empero que sirva al menos para confundirlos.

Y la operacion continuó.

XI.

CONCLUSION.

Algunos meses despues de esto, en una dulce mañana del mes de marzo, se paraba delante de la quinta del curandero Santiago una carretela.



El doctor Canbin pidiendo á Santiago la mano de su hija.

Pascual bajó el primero todo conmovido y alegre. Despues bajó la señora amiga de Caubin y despues éste, al que su hijo presentó un baston en el que apenas se dignó apoyarse.

En la puerta se hallaba Cesarina Leday que había venido á traer unos pescados de parte de su abuelito.

Entraron todos dentro y hallaron á Santiago que estaba podando, ayudado de su hija Teresa, unos rosales en la huerta.

Al ver en su casa á su enemigo mortal dejó caer de su mano la podadera y exclamó:

—¡Aquí el doctor Caubin!

—¿No es justo que venga yo á dar las gracias á mi ángel salvador..... á mi linda curandera?

SEGUNDA SERIE.—1864.

—Yo tambien tengo que daros gracias, señor Caubin, porque merced á vuestra firma he podido salir de aquella maldita cárcel donde sin duda me hubiera muerto.

—¡Bravo! me animan vuestras escelentes disposiciones á haceros mi peticion.

—¿Qué peticion?

—¡Toma! la mano de vuestra hija..... para mi hijo aquí presente, el doctor Pascual Caubin.

Santiago, menos asombrado de lo que debiera esperarse, se volvió hácia su hija:

—Vamos, ¿decididamente le quieres?

Hacia algunos instantes que ya Teresa bajaba los ojos, y á aquella brusca pregunta ocultó su pudibunda frente en el seno paternal.

AÑO XXII. 27.

—¿Y bien, preguntó el médico Caubin, qué respondeis?

Entonces por toda respuesta el curandero colocó la mano de Pascual en la de Teresa.

—¡Viva! exclamó el doctor Caubin blandiendo con aire victorioso el bastón inútil en que se apoyaba. Ya de enemigos quedamos amigos; con que démonos también la mano.

Es inútil decir que el matrimonio se verificó en la capilla de Nuestra Señora de Gracia y que mandaron partes telegráficas participando su unión á todos sus amigos, que lo celebraron mucho. Al cabo de nueve meses tuvieron un hermosísimo niño en todo parecido á su madre, al que no han tardado en seguir otros tres niños como tres pichones, los que aun viven y son la delicia de sus abuelos y juegan en la playa con los nietecitos del tío Leday, el cual dedicado á la pesca ayudado de ellos, ya no recibe sino que da generosamente á los pobres y á los convalecientes *la limosna de la mar*.

LA CASA DEL PASTOR

(TRADICION MADRILEÑA.)

Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas à Deo sunt.

Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios.

(ECCL. c. XI, v. 14.)

I.

Cerca de Santecilla, pequeño lugar del valle de Carranza en las Encartaciones de Vizcaya, se veía por los años de 1660 una miserable choza donde cierta viuda sexagenaria vivía pobremente acompañada de su hijo, niño de corta edad. El hilado en la rueca era el único recurso con que ambos contaban para ir sobrellevando su desgraciada existencia; verdad es que aun no era llegada la época en que las grandes máquinas de tejidos movidas al vapor, habían de convertir á las desafortunadas ancianas de los pueblos rurales en una carga para las familias, á cambio de otras indudables ventajas, que á ser así mas negra hubiera sido su fortuna; pero con todo, la vida de estos dos seres era en extremo desdichada; siempre careciendo de lo mas necesario, siempre ignorando el día de hoy cómo se alimentarían mañana, y á pesar de esto siempre resignados, si no contentos. Nadie con mayor razón que ellos pudo decir: *Hágase tu voluntad*. Los achaques propios de la vejez iban haciendo menos productiva la tarea, y la torta de *borona* era cada vez mas escasa, al paso que los pocos años del muchacho no permitían contar con su ayuda. Crecía éste admirablemente en medio de tantas privaciones; sus pies nunca conocieron la importuna cárcel de ninguna especie de calzado, y era para alabar á Dios ver la firmeza con que el pequeño Francisco, á pesar de tanto desabrigo, hollaba los espinos y zarzales que cubren aquellos montes. Casi perfecta relación guardaba el restante atavío de la persona con el natural aderezo de la parte inferior. En cuanto á llevar cubier-

to lo absolutamente indispensable no había que tener cuidado, pero nada mas podía conseguir la buena madre, sin embargo de sus continuos zurcidos y remiendos de varias clases y colores, pues á medida que los miembros del adolescente crecían en desarrollo protestaban de su opresión con tan rudo y espresivo, aunque silencioso lenguaje, rompiendo á través de la raída y desfilahada tela, que parecían haberse dado de ojo para proclamar su independencia y salir á la luz libres de embarazosas trabas.

Por fin llegó un día en que la viuda no pudo abandonar el pobre lecho aquejada de una fuerte calentura. Su naturaleza, consumida por la miseria y el trabajo, no tardó en sucumbir á la violencia del mal, y aquella respetable víctima del deber, pasó á mejor vida llorada de algunas caritativas vecinas tan pobres como ella, que la habían asistido en su corta enfermedad.

Cuando por disposición del señor cura fué trasladado el cadáver á la iglesia á fin de darle sepultura, Francisco le siguió en su camino sin ser apercibido y llorando en silencio, pues el infeliz niño conocía por instinto, era importuno levantar sus gemidos donde nadie había de enjugar sus lágrimas. Oculto tras de una columna presencié toda la ceremonia, ahogándole la pena al ver desaparecer bajo la tierra con aquella madre tan querida, todo su cariño, su apoyo, su esperanza, su compañía y su recreo. El templo fué quedando desierto y el huérfano continuaba acurrucado é inmóvil sumergido en su profundo pesar é incierto en su determinación cuando otro muchacho de poca mas edad que la suya, sobrino del párroco, á quien servía de sacristán y acólito, salió de la sacristía con ánimo de cerrar la puerta de la iglesia. Diligente atravesaba el crucero á tiempo que unos ahogados sollozos sorprendieron su descuido llamándole la atención al sitio de donde partían. No tuvo mucho que hacer para descubrir á su afligido compañero y dirigiéndose á él con mas compasión que enojo:

—¡Francisco! le dijo ¿qué haces ahí?

—Nada; contestó el niño, ¡han enterrado á mi madre!

—Sí, ya lo sé, pero tú no puedes quedar aquí; voy á cerrar la puerta. Toma, añadió el sobrino del cura alargándole un sabroso pedazo de torta de maíz que estaba comiendo, tratando de endulzar la orden de espulsión. El huérfano la cogió apresuradamente y principió á devorarla con ansia. Era el primer bocado que tomaba hacia treinta horas; luego volviendo á su llanto repuso con angustia cruzando sus manos:

—¿Y dónde quieres que vaya?

—Tienes razón, ¿dónde has de ir sino tienes padre ni madre? Pero, mira, vamos á hacer una cosa, avisaremos á mi tío á ver lo que dice. Y sin esperar contestación se acercó á la sacristía llamando á grito herido:

—¡Tío, tío! Francisco está aquí llorando, porque no sabe dónde ir.

Al escuchar tales voces en aquel sitio acudió el bondadoso sacerdote con toda la presteza que sus muchos años le permitían, y viendo á los dos niños llegóse á acariciar al mas pequeño diciéndole al mismo tiempo con ternura:

—¡Pobrecito, hijo mío, no llores, que Dios cuidará de tí! vamos, calla, que me vas á hacer llorar á mí también. Entra en la cocina y veremos lo que se ha de hacer.

Atravesando los tres la sacristía llegaron á una estensa pieza donde yacía el hogar, la cual servía de punto de reu-

nion: en ella estaba la hermana del cura, madre del acólito, acompañada de otras varias mujeres que á porfía se empeñaron en consolar al desvalido niño. Sentado cerca del fuego colocaron ante él un succulento tasajo de cecina y un cuenco de leche, sin olvidar las castañas asadas y otras frutas propias del país: era una comida opípara ofrecida al desamparado por la caridad femenina, siempre solícita en favor de la niñez. Atendidas las necesidades del momento, calmada la pena de su protegido á fuerza de caricias, pasaron todos sin levantar mano á tratar de su futura suerte.

—No hay cosa mejor que mandarle á las Indias, solo allí hará suerte, prorumpió el señor cura.

—Pero, santo varón, le repuso su hermana ¿y el pasaje? ¿de dónde sacamos para pagar la travesía?

—Se le coloca de tripulante en uno de los galeones surtos en Portugalete.

—¡La Virgen del Buen Suceso sea conmigo! exclamó espantada otra de las oyentes, ¡y cómo se cebaría el rebenque del cómitre en sus delicadas espaldas! no, por Dios, mas le vale sudar en su país con el dallo en la mano que no sujetarse á semejante herejía.

A este punto llegaban de su coloquio cuando á la parte de afuera de la casa se dejó oír una voz clara y varonil que atronando el valle cantaba con alegre acento:

En Bilbao lunes y martes,
Miércoles en Valmaseda,
Jueves, viernes, en camino
Y sábado en la mi tierra.
Domingo muy de mañana
Con una chica en la vega.

Tres hojitas tiene, madre, la arbolé,
Dos en la rama y una en el pié,
Dábalas el aire, meneábanse.

Inmediatamente apareció en la puerta que daba al campo el cantor de la copla (la cual, sea dicho de paso, la he tomado tal como es, en su mismo terreno, de consiguiente nada me debe.) Era este un mocetón como de treinta años, ancho de espaldas y de rostro leal y animado; en suma, un digno hijo del país vasco, dotado de aquel buen humor y robustez que parece van diciendo á golpe de vista: tan dispuesto me hallo á echar un *corro* en cualquier romería, como á tender á un hombre del primer puñetazo.

—Ave María purísima, dijo al presentarse, ¿se puede pasar?

—Sin pecado concebida, contestó el párroco, entra, Echarri, entra y siéntate, que puedes sernos útil en el asunto que estamos tratando.

—Buenos días, señor cura y la compañía, continuó el recién llegado tomando asiento; vengo á preguntar á su merced si tiene algo que mandarme, pues pasado mañana salgo para Madrid con la galera.

—Bebe un sorbito antes de todo y luego hablaremos, añadió el cura acercando el jarro al arriero.

—¡Esceleste vino de la Rioja! exclamó éste castaneteando los labios á guisa de inteligente, después de haber apurado el vaso de un solo trago, ¡mucho cuerpo, pero buena embocadura!

—Pues amigo, siguió diciendo el sacerdote, ya sabrás que ha muerto la viuda de Lorenzo Molinar, dejando ese muchacho que ves ahí sin mas amparo que el de Dios. Tú que eres

hombre honrado y has corrido mundo, podrás aconsejarnos con acierto la colocación mas conveniente para este pobre niño. Yo opino por enviarle á las Indias.

—En mala recua hay que hacer el viaje, repuso Echarri, doy al diablo el estornijo que por el rabo se gobierna, y luego el mar está plagado de corsarios ingleses que no dejan pasar una sardina.

—Pero ¿qué hacemos de él tan pequeño para trabajar estos ingratos peñascales?

—No, señor, en el país no debe quedarse, contestó el arriero; sin una *rebolla* (1) ni un pedazo de tierra jamás saldría de comer judías y borona; bien claro lo dice la *canta*:

Una pasiega discreta
Le dijo á una carranzana:
Si quieres ganar dinero
Pónte luego en tierra llana.

Y, ahora que me acuerdo, ese chico tiene una parienta en Madrid de mucho rumbo: sí, la hija de Domingo Molinar, que fué jóven á Méjico donde hizo gran suerte; á éste no le conocí (Dios le tenga en gloria) pero á la señorita, ya viuda, voy á verla todos los viajes, pues siempre tiene encargos que hacerme. Es una moza muy campechana y que no desconoce su origen. La recomiendo á Francisquillo y si no le recibe no faltará donde acomodarle.

—Sí, hombre, añadió el párroco, háglo en caridad por el hijo de un paisano, que no faltará quien lo haga con los tuyos, si algún día lo necesitan.

—No hay mas que hablar, señor cura; pasado mañana al romper el alba vengo por tí, muchacho, y arrea hasta la corte. Para disponer tu maleta creo que poco tiempo habrás menester.

Habilitado de una manera algo conveniente con varias ropas viejas del sobrino del cura, emprendió Francisco el viaje á Madrid bajo la protección del ordinario Echarri, según quedó convenido en la mañana misma del entierro de su madre, y si bien entonces como ahora, el trasladarse en galera de las Provincias Vascongadas á la corte era negocio de mucho tiempo y paciencia, por fin, solía llegarse al término, aunque no siempre salvos de algunos tumbos y tropiezos que no debemos tomar en cuenta. Despreciando tales percances como cosa ordinaria, y sin detrimento notable en sus personas, arribaron ambos á la villa, aposentados en la cual y dado á las bestias recado conveniente, se dirigieron desde luego á la Cava Baja cerca de Puerta Cerrada, en cuyo sitio vivía doña Laura Molinar, deudora lejana del huérano. Recibiéndolos ésta con afable llaneza en su mismo gabinete-tocador, y Echarri por su parte, sin faltar en nada al respeto debido á una señora de elevado rango, usó con ella desde luego la atenta familiaridad con que suelen tratarse entre sí los vascongados, aunque sean de muy diferente condición. Mas todo lo que en éste era natural desembarazo, trocábase para el inesperto muchacho en timidez y encogimiento al pisar aquella primorosa estancia, á tal punto, que tentado estuvo por doblar la rodilla y hacer devota reverencia ante dama de tan perfecta belleza que nunca en sus sueños pudo imaginar que en el mundo existiese. Y en verdad que su admiración tenía fundamento, pues entre la bien prendida hermosura á cuya presencia estaba y todas las que él había

(1) Especie de roble muy comun en las Encartaciones.

visto hasta entonces, con su saya de paño burdo, corta lo suficiente para dejar al descubierto la curtida y callosa pierna, digna por sus circunstancias de competir en aspereza con el silvestre roble de los montes cántabros, habia una diferencia tal, que no comprendia fuesen seres de la misma especie. Por esta razon, oculto tras su corpulento y arrieril Mentor, no pudo en los primeros momentos darse cuenta de lo que alrededor de él pasaba, hasta que recobrado algún tanto, oyó á doña Laura interrogar al ordinario con su dulce voz, de la manera siguiente:

—Vamos, Echarri, cuéntame qué novedades hay por el país.

—Pocas y malas, señora, son las que podré contar. A Matías Bollain se le cayó en una llosa (1) el mejor buey de dos que tenia, y ni aun para cecina se ha podido aprovechar su carne; luego á las ovejas las entró la morriña y no le quedó una. La mujer de Juanuco el de Limpías dió á luz dos gemelos y murió de sobreparto, dejándole al pobre con nueve hijos que caben todos bajo un arnero. Pero lo que parte el corazon, es la desgracia de Manuel Carreño: él ya pasa de los setenta y su esposa contará pocos menos; pues señora, este matrimonio tiene un hijo único que trabajaba para ellos, y á mas para su abuelo, el mas viejo de todo el valle, cuando quiso el diablo que haciendo leña dias pasados en un rebollar se diese un hachazo en la pierna derecha que le impide ponerse en pié, y lo peor es que habrá necesidad de cortársela, segun dice el cirujano de Bárcena; de modo que con tantos trabajos mal se han de ver este año para pagar la renta á vuestra merced.

—¿Qué renta han de pagar los infelices! Diles que por eso no tengan cuidado: aun tendré precision de mandarles algun socorro. Antes de marchar no se te olvide venir por aquí.

—Dios se lo premiará á vuestra merced, pues el hacer bien nunca es perdido: por eso dicen:

La misión de los pobres
En este suelo,
Es hacer á los ricos
Ganar el cielo.

—¿Qué Echarri tan original! repuso la jóven sonriendo bondadosamente, para cada cosa tiene su cantinela. ¿Y qué me traes de bueno? que no todo han de ser tragedias.

—Ahí fuera he dejado media docena de capones y un par de cestas de nueces; pero lo que juzgo ha de agradecer mas vuestra merced es este muchacho, pariente suyo, que la presente, por si tiene alguna cosa en que ocuparle.

Y al decir esto volvió su poderosa mano y sacó á Francisco de detrás de sí con tan fuerte impulso, que á pesar de su resistencia, ó tal vez en razon de esta misma, por poco le hizo dar de hocicos en el suelo.

—¿Pariente mio has dicho? ¡son muchos los deudos que yo debo tener en Carranza! añadió con sorna doña Laura.

—Pariente de vuestra merced, sí, señora, continuó Echarri sin desconcertarse por el tono irónico de la dama, por línea derecha y con el mismo apellido. Ha quedado huérfano de padre y madre, y he juzgado muy puesto en razon venir á ofrecérselo antes de llevarle á ninguna otra parte.

(1) Dan este nombre en las montañas de Santander é inmediatas de Vizcaya, á unos hundimientos del terreno que forman pozos ó precipicios profundísimos de imposible salida.

—No tiene muy mala traza mi pequeño pariente, dijo la señora mirando al niño con atencion; vaya, déjale en casa y veremos qué se puede hacer de él; entrégale al mayordomo y que desde luego se dedique á ponerle en disposicion de ser de alguna utilidad.

De esta manera encontró colocacion y amparo, el que desvalido poco antes ni aun sabia donde dirigir sus pasos. En el cuadro siguiente verá el lector las circunstancias del ama que le deparó la fortuna, con otros pormenores dignos de ser escritos.

II.

Casada doña Laura en el abril de sus floridos años con un viejo asentista de los ejércitos de S. M., amigo de su padre, trocó la honesta compostura de doncella por las preciadadas galas de señora principal, realizando con ellas á tal punto sus naturales perfecciones, que bien luego en todo Madrid solo fué conocida con el epíteto de la Bella Indiana, y no porque en tan remotos climas hubiese nacido, pues las frescas brisas del humilde Manzanares dieron aliento á su primer suspiro, sino por ser hija de quien largo tiempo residió en el Nuevo Mundo, tornando al cabo á las maternas playas con gran caudal de plata é incómodos achaques. Difundida de boca en boca la fama de aquella peregrina hermosura, llegaron sus alabanzas á herir los oídos del rey Felipe IV, que inteligente admirador de la belleza, aunque ya de edad provecta, quiso justipreciar por sí mismo los quilates de heldad tan ponderada y ver si en ella era todo oro de buena ley ó mas bien impura liga y metal grosero, propio solo para deslumbrar á gente baladí, corta de vista y ordinario gusto. Para esto exigió de su marido, bajo pretexto de honrarle, presentase á su esposa en audiencia particular, donde otorgándola mercedes pudiese el monarca recompensar en ella los buenos servicios que al anciano debia. Así se verificó con tal contentamiento del gran rey que, viuda la jóven al poco tiempo, no pudo el galán Felipe poner coto á su deseo que le inclinaba irresistiblemente á consolar en persona la afliccion de doña Laura; y no pudiendo ésta por su clase, á pesar de su mucho señorío, ser admitida entre las damas de palacio, ni conviniéndole tampoco al soberano esforzarse por vencer esta dificultad, resolvió ser él quien visitase á la dama. No es del caso referir los medios de que se valió para ello, bástenos saber que el biznieto de Carlos I encontró á la Bella Indiana aun mas encantadora arras-trando luengas y enlutadas tocas que antes la habia admirado con brial y guarda-infante, reputándose por dichoso en ser admitido á su intimidad, aunque observando siempre el recato debido al decoro de la dama y elevada condicion del caballero, pues si bien pudo alguno de nuestros reyes abandonarse á tal cual extravío de aquellos que amor disculpa y condena, nunca hicieron pública gala del sanbenito de sus flaquezas, segun á la sazón acontecia en poderosas naciones comarcanas ó vecinas, con grande aplauso y universal asentimiento de pueblos que dejándose arrastrar mas de rutina y despecho que conducidos por la buena crítica, acostumbra-n echarnos en cara el lamentable atraso de la España del siglo XVII.

Una carroza sin armas ni divisas, guiada por servidores fieles y discretos, esperaba al monarca todas las noches cerca del arco de Santa María; desde allí le trasladaba hasta

Puerta Cerrada, donde se apeaba dirigiéndose á la vecina casa de su amiga, á cuyo lado olvidaba por algunas horas los graves sinsabores que amargaron los últimos años de su reinado, volviendo antes del alba á tomar el coche para regresar á palacio con el mismo sigilo.

En plácida uniformidad se deslizaba el tiempo sin tropiezo, avivando su trascurso una correspondencia nutrida por el misterio y asegurada con tan minuciosas precauciones, cuando un acontecimiento no pensado estuvo para dejar al descubierto el prudente secreto guardado lealmente por todos los que en él parte tenían, preparando abundante cosecha de males que dieron su fruto en lo sucesivo.

El célebre Talleyrand, ladino y grande amañoero en este siglo tan abundante en amañerías, después de dar las convenientes instrucciones á sus encargados, acostumbraba repetirles con insistencia: *Sobre todo, poco celo, poco celo*, persuadido de que no hay cosa mas perjudicial que un servidor demasiado oficioso.

A esta especie de funcionarios debía pertenecer, sin duda alguna, un teniente corregidor que enterado de las paradas y evoluciones del misterioso carruaje, tomó empeño en averiguar á quien conducía, dónde iba y qué objeto llevaba el incógnito conducido. Bueno será advertir antes de pasar adelante, que el severo magistrado solo obraba de esta manera animado por el laudable deseo de dar cumplimiento á una reciente y rigurosa pragmática publicada con acuerdo de los señores del Consejo contra las amistades ilícitas, y algo de esto creyó barruntar en el asunto que pretendía poner en claro, si bien con lamentable ligereza.

Para llevar á cabo su proyecto, emboscó en hora y sitio conveniente la ronda de alguaciles y corchetes, con tan notable exactitud, que á poco rato siguiendo cautelosamente los pasos del soberano, no bien entrado éste en casa de doña Laura, llamaba á su puerta el alcalde haciéndola abrir en nombre de la justicia.

Ocupadas todas las salidas é intimada la orden de que nadie se moviese, hízose conducir el teniente á presencia de la dama, á la cual dijo:

—Señora: en nombre del rey os intimo pongais á mi disposición la persona que contraviniedo á las órdenes de S. M. ocultais bajo vuestro techo: de no hacerlo así, os parará el perjuicio que haya lugar.

—Soy una leal servidora del señor don Felipe IV, respondió con serenidad la jóven, y donde yo mande como dueña no pueden abrigarse sino personas que le sean afectas en extremo.

—En virtud de vuestro dicho se va á proceder al registro de la casa. Señor secretario, estended la declaración jurada de esta señora, interin ella nos acompaña á practicar la diligencia.

Largo rato llevaban empleado en balde y el magistrado no cejaba en su empeño de reconocer minuciosamente cuantos aposentos componían el edificio, pues convencido por sus propios ojos de haber visto entrar en él un personaje desconocido, juzgaba menoscaba su autoridad al salir de allí sin obtener resultado alguno. Harto mohino con esta idea llegó á la alcoba de doña Laura, donde sus esperanzas cobraron brio al notar en la jóven alguna sombra de turbación en lugar de la inalterable calma que hasta entonces habia manifestado. ¡Pero, vano pensamiento! nada se halló tampoco, y confuso el obstinado alcalde se disponia á retirarse

confundido, cuando advirtió una cortina corrida cubriendo al parecer un hueco ó guardaropa. Dirigióse á ella en el momento preguntando á doña Laura:

—¿Qué se oculta detrás de esta colgadura?

—Un retrato al natural de S. M., que me atrevo á aconsejar á su señoría se contenga y no trate de examinar, pues su semejanza con el original es tan grande, que cual el sol, podrá dañarle si se atreve á fijar en él la vista.

—Hay una flor, señora, que nutriéndose solo de la virtud que el astro del día la comunica, sigue su marcha y goza en su influencia cuando las demás cierran el cáliz á los ardientes rayos; así, yo que todo lo soy en nombre de nuestro monarca y solo por su mejor servicio me desvelo, bien podré contemplar impunemente su imagen cara á cara. Vaya, veamos esta maravilla del arte.

Y uniendo la acción á la palabra, descorrió el tupido velo, apareciendo al descubierto la persona del rey de pie, inmóvil, ceñudo, con la mirada fija en el indiscreto alcalde que de aquel modo le comprometia á presencia de todos.

Mas á fé que éste dió prueba de sagacidad y firmeza de ánimo, pues en lugar de desconcertarse ante sorpresa de tal consecuencia, quitóse el sombrero é inclinándose profundamente, dijo volviéndose á doña Laura:

—¡Muy parecido está! Dios guarde la real persona.

Y tornó á correr la cortina.

—Señor secretario, estienda vuestra merced testimonio, prosiguió, de que personado yo con mis dependientes en casa de mi señora doña Laura, y después de verificado el mas prolijo exámen, nada se ha encontrado en ella que sea contra las reales ordenanzas. Ahora solo me resta, señora, pedirlos perdon por la incomodidad causada, y aseguraros que todo se ha hecho en cumplimiento de las leyes del reino.

Con esto se retiró acompañado de su ronda, sin que por entonces tuviese el lance consecuencia ninguna.

Durante los acontecimientos referidos, seguía el niño Francisco, á quien estamos muy lejos de haber olvidado, completando su educación bajo la suave férula de su bondadosa protectora, y gracias al natural despejo del muchacho, á los dos años de enseñanza leía correctamente y hacia notables progresos en la escritura y aritmética, en términos que viéndole su señora adelantar en conocimientos y adhesión á su persona, quiso tenerle cerca de sí dándole lugar entre sus inmediatos pajes. La rueda de la fortuna parecia haberse fijado para el huérfano, y como segun el verdadero adagio el que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija, bien podia prometerse rápidos medros al amparo del que la suerte le habia deparado en el deshecho turbión que le sobrecogió en su infancia, á no sobrevenir de improviso violento huracan que dando con él en tierra conmovió al mismo tiempo los inmensos dominios españoles.

Daré cuenta de tal catástrofe solo lo suficiente para inteligencia de los lectores.

El rey Felipe IV murió dejando á su esposa y sobrina doña Mariana de Austria por gobernadora del reino durante la menor edad del enfermizo Carlos II, auxiliada de un consejo de regencia, y ya comprenderá el lector que una de las primeras víctimas sacrificadas en el nuevo orden de cosas, debia ser la Bella Indiana. En efecto, su amistad con el rey difunto, hasta entonces comentada por muy pocos, y

esto á corta distancia del oído, salió á lucir por calles y plazas, difundida por las cien trompetas de la fama; la escena de la cortina, cuyo secreto, aunque conservado por el estilo que el barbero del rey Midas, guardaba el de las orejas de su amo, no había entrado en el dominio público, fué objeto de todas las conversaciones, y escepto el pundonoroso alcalde que siempre negó fuese otra cosa que un retrato lo escondido en la alcoba de doña Laura, hasta el mas ínfimo corchete ó emborronador de la curia se creyeron obligados á dar pelos y señales del caso sin consideración á la decencia, ni aun al sentido comun.

Con tal escándalo y alharacas se autorizó la reina viuda para ordenar la prision y secuestro de bienes de su rival, tanto mas aborrecida cuanto mas hermosa, sufriendo la misma suerte todos sus domésticos como reos de Estado.

Una noche á deshora se presentó á dar cumplimiento á esta disposicion gran turbamulta de esbirros animados de rigor inaudito, á fin de hacerse agradables á los ojos de la regente.

Atemorizado Francisco á la voz de justicia y convencido de las intenciones que llevaban los que se decian representantes de ella, resolvió ponerse en salvo sin reparar en dificultades; pues cualquier contratiempo le parecia pequeño ante la perspectiva de un calabozo y la penca del verdugo vapulando sus espaldas.

A favor de la confusion que reinaba en la casa y de sus pocos años que le hacian pasar desapercibido, escurrióse bonitamente hasta unos graneros casi abandonados, de cuyas ventanas pudo descolgarse á la callejuela inmediata, merced á una cuerda en ellas pendiente de una polea para encerrar la paja con mas facilidad. Apenas tocó la tierra tomó las de Villadiago por la calle de Segovia adelante hasta llegar paralelo á las Vistillas de San Francisco, y encaramándose por aquellas cuestas arriba, saltando setos y cercados con la agilidad de un gato montés, logro salvar la tapia de la villa y dar con su cuerpo en el campo.

Era una noche de noviembre lluviosa y fria por estremo; el muchacho no llevaba direccion ni guia en su carrera, mas no aflojaba por eso, pues el miedo á los alguaciles y al *sepan cuantos* del pregonero no le dejaron reposo hasta que á pesar suyo tuvo que detenerse acometido de dos furiosos perros de ciertos pastores que á la vuelta de un collado pasaban la noche cuidando sus ovejas recogidos en un desmonte inmediato. A los gritos lastimeros del asustado fugitivo acudió el mayoral y dos ó tres zagales renegando del importuno que á tales horas les alteraba el sueño, y procurando calmar la rabia de los alborotados mastines. Conseguido esto á duras penas, no sin sufrir el atribulado Francisco algunas dentelladas y desgarrones, escitada la curiosidad pastoril al ver aquel mancebo vestido de seda, cubierto de barro y temblando de frio y de miedo errante por tales sitios á mas de media noche, trataron de averiguar su procedencia. En breves razones les enteró el jóven de su infortunio, oidas las cuales el mas viejo y malicioso de los rústicos, con el regocijo interior que experimenta toda persona soez al tener ocasion de mortificar á otra de aspecto decente y en la que á despecho suyo reconoce superiores dotes, moviendo la cabeza á uno y otro lado, le dijo entre burlon é irónico:

—En mal negocio estás metido, pulidito amigo. Aunque te ocultes siete estados debajo de tierra no te escapas de pa-

gar la holgachona vida que has llevado en la corte. ¡Oh, pardiez, y qué bien sentará un remo en esas manitas tan blancas! Y ahora, señor Don Lindo, vuelve á seguir tu camino con gentil compas de pies, y agradece no te entreguemos á la Santa Hermandad como reo fugado. Conque, ea, marcha ligero, pues no me gustan dimes ni diretes con la justicia, y no te detengas, ¡voto á Sanes! porque tentado estoy de encomendar á los dogos cuyos dientes conoces, el encargo de hacerte largar mas que de prisa.

—¿Y por qué se ha de marchar, seor mayoral? repuso uno de los jóvenes zagales con aire resuelto. ¿No se acuerda voacé que dice el padre prior que en los pobres hemos de ver al mismo Jesucristo en persona? Pues á fé que bien responde aien á cuanto le oye á trueque de ponerse como un zaque en la bodega de Barrio-Nuevo. Dios me perdone la falta de respeto á un hombre mayor, pero es una indignidad que no ha de llegarse un hambriento á la majada sin que le llene de improperios. Con mil diablos ya que no dé nada no trate mal á los desvalidos, y si no se enmienda lo he de poner en noticia de los padres para que sepan á quien tienen entregado su hato. Yo me encargo de llevar á este mozo al convento, donde podrá estar retraido por el pronto y á cubierto de toda persecucion, pues nadie mas necesitado que él, y obra de caridad será auxiliarle, y si la justicia tiene que ver en esto, cumpla ella con su deber que yo cumplo con el mio.

Apartóse gruñendo el viejo sin ser osado á impedir las generosas resoluciones del jóven, que á la hora del alba entró en Madrid acompañando á Francisco, y por las calles mas escusadas, á fin de evitar un mal encuentro, se dirigieron ambos al colegio de Santo Tomás, fundado hacia pocos años por el Conde-Duque de Olivares en la calle de Atocha. Sin contratiempo alguno llegaron á la portería del convento, donde el zagal, muy conocido del hermano lego, como pastor que era de los ganados de la comunidad, le recomendó su compañero, ponderando la desgracia de éste, á fin de que lo hiciese á los padres, con objeto de proporcionarle asilo en la actualidad y algun medio de subsistencia para en adelante.

Con la charla sempiterna y familiaridad acostumbrada por los de su clase y ropa, recibió el portero á los dos mozos, y aunque interrumpiendo á cada paso la relacion para dar lugar á observaciones y paréntesis de su caletre, la dejó llegar á cabo exclamando al verla terminada:

—Lo que es asilo de seguro le tendrás, muchacho. ¡Buena excomunion le caerá encima al que se atreviese á tocarle al pelo de la ropa! pero en cuanto á darte colocacion ya será mas difícil, porque el padre prior es muy delicado en esto de escoger dependientes para la órden: veremos cómo te portas y para lo que tienes disposicion. ¿Sabes ayudar á Misa?

—No señor, respondió el mancebo.

—Pues cuitado, si no sabes ayudar á Misa ¿qué quieres que se haga de tí?

¡Admirable candidez la del buen hermano que compendia en cosa tan fácil de aprender el *sine qua non* de la capacidad de un individuo!

Por dicha del jóven no fué de la misma opinion el prior, ante quien se presentó á poco rato, pues enterado de sus circunstancias dispuso abandonase la Península trasladándose á la América Meridional en compañía de unos padres

dominicos que marchaban al Perú dentro de breves días.

Como á la sazón no se hallaba presente Echarri el arriero, tan grande enemigo de los viajes marítimos, no hubo oposicion á la partida, la que se verificó sin acontecimiento que de contar sea, desembarcando Francisco en el Callao, puerto de la ciudad de Lima. Dejémosle allí hasta el cuadro siguiente en el cual me propongo dar cuenta de la suerte que le cupo en la noble población fundada por Pizarro.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número inmediato.)

SOBRE LAS ESPADAS DE DIAK EN LAS ISLAS DE BORNEO.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de excelente calidad, como lo saben las personas que han visitado los puntos de Sambas ó Pontiana; pero el mas superior de todos es el que se explota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de forjarle ó trabajarle, les escusa la necesidad de comprar acero de Europa. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los mas rudos habitantes de Diak; las mejores hojas de sables y demás armas blancas de los *rajs* y jefes de Bugis son fabricados por ellos.

El país de Selgie es superior en este respecto á todos los que están situados en las inmediaciones de las costas, y de todas partes se hacen grandes pedidos de sus hojas de sables, espadas y otros artículos. Un inglés que visitó poco hace dicha isla, contó hasta cuarenta y nueve fábricas, solo en el punto de Morpow. Los naturales del país que habitan la parte interior, se surten de este excelente hierro, y fabrican con él hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro en bruto de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto; un inglés asegura haber hecho pedazos, con un instrumento de esta especie, por vía de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables al primer golpe el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: en seguida se le regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macasar, y este se lo envió á S. E. el comisario de Java. Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitación del sultan de Coti, vió partir los cañones de tres mosquetes á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho á otro príncipe de Borneo, le aseguró éste riéndose que nada tenia de particular, y que el hierro de aquel sable no sería de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetes al primer golpe.

HISTORIA NATURAL.

EL GATO. (FELIX.)

Los gatos forman una gran familia en los carnívoros digitígrados. Esta familia contiene, además de los gatos pro-

piamente dichos (gato, tigre, pantera, jaguar y leopardo), los lobos-tigres y los linces. Los gatos son entre todos los carnívoros los mas fuertemente armados, porque sus cortas mandíbulas están movidas por músculos prodigiosamente fuertes y armadas con treinta dientes, á saber: seis incisivos arriba y otros tantos abajo, dos caninos superiores y dos inferiores, y ocho molares en la mandíbula superior y seis únicamente en la inferior; sus uñas retractiles que se enderezan y se esconden entre los dedos en el estado de reposo, no pierden nunca su punta ni su filo. Los dedos son cinco en los pies de delante, siendo el interno muy chico, y cuatro en los pies de atrás. Estos dedos son muy cortos en apariencia, porque la última falange se levanta y se esconde con la uña. Tienen el oído excesivamente fino, y este es su sentido mas desarrollado. Su vista no parece ser de mucho alcance; pero ven bien de día y de noche y la pupila toma en algunos contrayéndose una forma prolongada verticalmente. Aunque la brevedad del hocico no deja gran estension á la membrana pituitaria, hace, no obstante, gran uso de su olfato. La lengua está revestida con puntas córneas muy ásperas. Su piel es generalmente suave y fina, y toda la superficie del cuerpo es muy sensible al tacto, principalmente los bigotes son la residencia de sensaciones delicadísimas. Estos animales, repartidos por casi toda la superficie del globo, tienen en todas partes las mismas costumbres. Dotados de prodigioso vigor y provistos con poderosísimas armas, no atacan á pesar de esto, á los demás animales á cara descubierta, sino la maña y la astucia dirigen todos sus movimientos. Caminando sin ruido hacia el paraje donde esperan hallar una presa, se acercan arrastrándose hacia su víctima, y aprovechando en seguida el momento propicio, caen sobre ella de un solo salto, la destrozan con las uñas y sacian por algunas horas la sed de sangre de que se hallan devorados. Así que están hartos se retiran al centro del dominio que han escogido y aguardan durmiendo que una nueva necesidad los obligue á salir de allí. Las grandes especies se ocultan en el centro de los espesos bosques y las pequeñas se establecen sobre los árboles ó en madrigueras, cuando las encuentran enteramente hechas. Viven solitarios, y el amor solo, tan imperioso como el hambre, acerca los machos á las hembras. Se llaman con agudos gritos, se aproximan con recelo, sacian su ardor amenazándose y se separan con terror. Unicamente las madres experimentan cariño hacia su progenitura, pues los machos la devoran con frecuencia. Tales son los animales en quienes la fuerza y la ferocidad reunidas han llegado á su último límite. Y no obstante, el hombre, previniendo sus necesidades, lisonjeándolos con caricias y castigándolos con la privacion de alimento, ha conseguido dominar esa índole indomable en apariencia. Las especies de este género existen en el antiguo y en el nuevo continente; pero las mayores pertenecen esencialmente á las regiones tropicales. Dedicaremos artículos particulares al león, al tigre, al leopardo, al lince, al jaguar, etc., y no hablaremos aquí sino de los gatos propiamente dichos. El GATO COMUN (*Felix catas* L.) es original de nuestros bosques de Europa. En su estado salvaje es gris moreno con ondas transversales mas subidas, pálido por debajo, amarillo por la parte interior de los muslos y de las cuatro patas, y la cola anillada de negro. Es algo mayor que nuestras variedades domésticas, de las que parece ser el origen. A pesar de su pequeña talla, existen en

el gato salvaje todos los hábitos de las grandes especies; pues vive aislado en los bosques, haciendo una activa caza á las liebres, perdices y todos los demás animales débiles. En el estado doméstico el gato pierde mucho de sus instintos carniceros; y aunque Buffon ha recargado su retrato con colores escesivamente sombríos, el gato tiene sus defectos, descouñado, astuto y ladrón, nada puede corregirlo, y no

adula á su amo sino para conseguir lo que desea. El gato común ha producido muchas variedades conocidas con los nombres de *gato de los cartujos de España*; de *Angora*, *rojo*, etc. Una singularidad inesplicable es que todos los gatos marcados con los tres colores, amarillo, negro y blanco, son hembras, llamadas vulgarmente *moriscas*. La gata está preñada de cincuenta y cinco á cincuenta y seis días, y sus



El gato salvaje.

partos comunes son de cuatro á seis hijos. Estos animales viven ordinariamente de diez á quince años. Entre las especies extranjeras citaremos el GATO NIGRÍPEDO del mediodía de Africa, de la talla de nuestro gato doméstico; su piel es roja marcada con pintas negras y la estremidad de los cuatro pies es negro. El GATO de BENGALA, con piel gris atigrada de moreno. El GATO ELEGANTE del Brasil, de la talla de nues-

tro gato silvestre, tiene la piel de hermoso rojo dorado con pintas anilladas negras. El GATO DE GUANTE de Egipto, del cual Temminck hace descender nuestro gato doméstico, es gris con pin'as de color leonado por encima, blanco por debajo, algunas listas negras finas sobre el occipucio y una raya dorsal negra.